Querida Adriana mía

— ¿Qué hora es? — preguntó Don Antonio desde su sillón en el balcón de su habitación de la residencia.

Las nueve y media, respondió su enfermera Paloma.

— ¿Qué hora es? — preguntó de nuevo al día siguiente Don Antonio.

Las nueve y media, respondía su enfermera.

Y así, pasaban las horas, y los días y las semanas...

Hasta que una tarde, al responder a su pregunta diaria, la enfermera le preguntó a Don Antonio, por qué todas las tardes a la misma hora le hacía exactamente la misma pregunta. Don Antonio, con su mirada perdida a través del cristal de la ventana, disfrutando de la que podría ser su última puesta de sol, respondió;

— Mis hijos, mis nietos, mis amigos, incluso mis propios recuerdos se han olvidado de mí, pero yo no quiero olvidar la hora en la que conocí a la mujer de mi vida, ¡querida Adriana mía!

Isidro Martín Flores